

Cangamba, símbolo de resistencia

ASEGURA EL TENIENTE CORONEL (r) RAFAEL RAMOS FAJARDO, QUIEN CUMPLIÓ MISIÓN INTERNACIONALISTA EN ANGOLA AL FRENTE DE UNA UNIDAD DE DESTINO ESPECIAL

Por ORLANDO FOMBELLIDA CLARO
Foto LUIS CARLOS PALACIOS LEYVA

Estar con la familia, visitar amigos, veranear algunos días en una instalación donde podría descansar y comprobar, al despertar por las mañanas, que no estaba en escenario real de guerra en el que los olores de la pólvora, la sangre y la muerte se mezclan con el de uniformes militares sucios de sudor y tierra, eran los planes de Rafael Ángel Ramos Fajardo para las vacaciones que estaba a punto de disfrutar en su país.

Pero, parafraseando cierto refrán, una cosa pensaba él y otra los enemigos de la República Popular de Angola, en la que era jefe de la Unidad de Destino Especial (UDE) de la misión militar cubana que contribuía a defender la independencia de esa nación africana.

Tenía entonces el grado de mayor de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, se encontraba listo y contento, por supuesto, para venir a Cuba "cuando se produce el ataque de la Unita (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola) a la aldea de Cangamba, donde había colaboradores nuestros".

"La situación se complicó tanto que fue necesario adoptar un grupo de medidas de reforzamiento y enviar tropas cubanas a proteger a los combatientes que estaban allí", rememora en su vivienda, en Bayamo.

Por eso, prosigue el ahora teniente coronel (r), cancelan sus vacaciones, reasume el mando de la UDE, la mayoría de cuyos integrantes "eran jóvenes y estaban bien preparados para hacer acciones de interdicción o



de alto riesgo", y parten en helicópteros, que los dejan a unos 35 kilómetros de la zona de combate.

El ataque a Cangamba inició al amanecer del día 2 de agosto de 1983. La posición era defendida por una agrupación formada por alrededor de 818 efectivos de las Fuerzas Armadas Populares de Liberación de Angola (Fapla) y 82 asesores cubanos, que no poseían armas antiaéreas ni artillería pesada, por tratarse de una fuerza ligera de lucha contra bandidos.

"Por la Unita participaban en la operación las 12 y 13 brigadas semirregulares, con la misión de asesnar el golpe principal; dos batallones independientes y una compañía de destino especial, unos tres mil hombres.

"La agrupación artillera con que contaba las Fala (Fuerzas Armadas de Liberación de Angola) estaba integrada por alrededor de 50 piezas de artillería y morteros, siete instalaciones antiaéreas múltiples de 14,5 milímetros y de cohetes antiaéreos portátiles.

"Por la parte sudafricana había especialistas de artillería, inteligencia, apuntadores para la aviación, lo que puede estimarse en cerca de un batallón; también,

pequeñas unidades del Batallón Búfalo, con experiencias de acciones conjuntas con la Unita" (*).

Ramos Fajardo subraya que además de la superioridad del enemigo en fuerzas y medios, el enfrentamiento tenía lugar en terreno conocido por la Unita, por lo que "teníamos que adoptar medidas de auto-protección para cumplir la misión encomendada.

"La situación -remarca- llegó a tal extremo que fue necesario preparar nuevas condiciones; al no romper el cerco enemigo comenzamos a hacer acciones con movimientos tácticos parecidos a los de la guerra de guerrillas, dar golpes en diferentes lugares, sobre todo en la retaguardia del enemigo.

"Los combates fueron continuos, ellos con el interés de capturarnos y nosotros con el de no dejarnos capturar. Cangamba es símbolo de resistencia".

Con la llegada de refuerzos y un invaluable desempeño de la aviación de combate cubana, tras ocho días de duros enfrentamientos, la balanza se inclina a favor de las fuerzas cubanas y angolanas leales al gobierno de su país.

"Para el 9 de agosto de 1983, las fuerzas de la Unita se retiraron del teatro de operaciones, llevándose consigo las bajas que pudieron rescatar" (*).

A su regreso de la hermana nación africana, el Máster en Ciencias Rafael Ramos Fajardo (Manzanillo, 1949) fue condecorado con la Orden al Valor Camilo Cienfuegos y otras distinciones otorgadas por el Consejo de Estado de la República de Cuba, y dirigió prisiones en Granma.

Tras pasar a retiro, comenzó a trabajar -aún lo hace-, en Labiofam, y a escribir libros, de los cuales tiene dos en proceso editorial y uno publicado: **Los tigres de Cangamba**.

(*) Enciclopedia colaborativa EcuRed

El héroe que se comió un "león"



Por OSVIEL CASTRO MEDEL
Foto LUIS CARLOS PALACIOS LEYVA

No podía escuchar después de la explosión. Aturdido, solo entendía el movimiento de los labios de los soldados que le hablaban entre el humo y la pólvora. Sintió un líquido caliente que le corría por el rostro y supuso que era sangre. "¡El ojo, miren si tengo el ojo!", les gritó a sus compañeros, mientras se sujetaba con fuerza el lado derecho de la cara.

"Lo que tienes es una herida en la frente", respondieron quienes llegaron a auxiliarlo, entre ellos el bayamés Alberto Ortiz. Entonces preguntó por sus subordinados del BTR -vehículo blindado- y la respuesta lo noqueó: todos estaban heridos; el más grave era Carlos, el muchacho de Villa Clara que tanto animaba a las tropas con sus ocurrencias.

"Chocamos con aquella mina después de la 1:00 de la tarde, del 23 de enero de 1988, cuando nos dirigímos a Cuito Cuanavale", narraría 32 años después Alexis Macle Velasco, quien entonces era teniente recién graduado en el Instituto Técnico Militar (ITM), de la capital cubana, y ahora reside en el reparto Antonio Guiteras, de Bayamo.

"Nos sacaron en camilla para llevarnos al helicóptero y luego nos trasladaron en avión para el Hospital Militar de Luanda, la capital de Angola. Carlos falleció a las 11:00 de la noche y esa muerte nos hizo llorar a todos", contaría.

Viéndose con la cadera dislocada y la herida inmensa en la cara, sus pensamientos volaron hacia Holguín, la ciudad donde había dejado a sus padres, Leopoldo y Belkis.

Acostado en la cama del centro asistencial, azotado por la ansiedad, repasó algunos momentos cumbres de su vida: el paso por la Vocacional de Holguín, su graduación en el ITM como uno de los tres mejores expedientes del curso, las lágrimas de sus progenitores cuando se despidió de ellos la noche del 11 de agosto de 1986, el combate inicial en el que -inexperto al fin- se fue a la trinchera sin cargadores, las cuatro veces en que venció al paludismo, la primera carta del padre, cuyos rasgos lo estremecen aún: "En estos días he tenido sueños recurrentes, te he visto entrar por la puerta de la casa con el pecho lleno de medallas, pero cada vez que te voy a abrazar, despierto. Siento tristeza, preocupación y te echo de menos. Cumple y sé ejemplo. Esos abrazos te los voy a dar cuando regreses".

Removiendo tantos recuerdos, se le oprimió el pecho y hasta tuvo malos presentimientos. Tal vez ese desasosiego se debió a que Leopoldo, al conocer la noticia de su hijo herido, sufrió un infarto, aunque no mortal.

Lo más sorprendente sobrevino después de la recuperación hospitalaria: mientras sus compañeros eran trasladados a Cuba, Alexis pidió ir de nuevo al campo de batalla, que estaba a más de mil kilómetros.

Así, el 16 de febrero, marchó otra vez a la contienda para provocar la euforia de sus hermanos de misión, quienes en la distancia no lo reconocieron y hasta le dijeron "muñeco", expresión usada para los "nuevos". Así participó en la famosa batalla que duró tres meses (enero-marzo) y que ayudó a cambiar la historia del Sur de África. Así mereció, en mayo de 1988, la medalla Por la Defensa de Cuito Cuanavale, impuesta en pleno campo de guerra.

Fue, de las 11 acciones combativas que tuvo en Angola, la más inolvidable, la que relata con mayor frecuencia a su esposa Maidelín y a sus hijos Yohanna, Alexander y Anabel.

En estos días, al cumplirse 32 años de aquel reconocimiento, que colocó en su pecho el teniente coronel Germán Revilla, no ha dejado de evocar las enseñanzas de su padre, quien se marchó físicamente en 1992 y no pudo ver parte de la carrera del hijo amado.

"Todo lo que él me decía me impulsaba, yo me quería comer un león cuando leía sus cartas", reconoce ahora este hombre de 55 abriles que llegó al grado de teniente coronel y a quien la vida trató de emboscar en 2011 cuando apareció una enfermedad que parecía definitiva.

"Me operaron tres veces, en La Habana, y salí airoso; me ha ayudado mucho el ejercicio y el arte marcial que practico, el Ke- Hsiao", dice sonriente. Lo ha estimulado su amor a la familia, el mismo con el que cuida, desde hace 10 años, a su madre enferma, su deseo, su corazón de héroe.

